

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 9 DE MAYO DE 1920

NUM. 19.114

## Una bailaora, por Mariano Benlliure

## Abril en Sevilla

SEVILLA es la ciudad de los jardines; maravillosos; hay que llegar a ella en el mes de abril, porque un jardín, si en todo tiempo es compendio y cifra de la felicidad, en primavera es a un tiempo mismo felicidad y esperanza; y más si el jardín está recién plantado y sobre su hermosura actual se puede anticipar en él la promesa de la hermosura que ha de florecer. «Dios Todopoderoso primeramente plantó un jardín—dice Bacon—. Y en verdad es el más puro de los placeres humanos. Es el más eficaz refugio para el espíritu del hombre, sin el cual edificios y palacios no son sino toscos artefactos.»

Dios Todopoderoso plantó un jardín; y soñó la vida del hombre perfecto en un jardín; las casas no son sino refugios de nuestra cobardía, cárceles para el alma libre, prisiones para el vagabundo espíritu, que ha nacido para poseer la tierra en peregrinación constante e ilusionada. Cuando nos encerramos entre muros encadenamos nuestra voluntad, empequeñecemos nuestro deseo, recortamos las alas a nuestro corazón. Y una casa, en verdad, no es tolerable mas que por las ventanas, que dan posibilidad al alma de echarse a navegar, siquiera con los ojos, camino del cielo, y que traen al tormento de la quietud la inquietud de la vida, que sin cesar se agita al aire libre.

Bien saben esto las razas de Oriente, hijas de la selva o del desierto. Bien lo supieron y sintieron aquellos nuestros padres árabes, que han dejado en Sevilla la afición al jardín, el trazado de tantos laberintos, el encantado rumor de tantos surtidores, el inquietante aroma de tantos azahares, la sombra alada y tenue de tantas palmas.

La casa sevillana es un pretexto para el jardín. Véase la casa del duque de Alba: éntrese en ella por un jardín que es un huerto; azahares y rosas y clavequinas dan cordial bienvenida al visitante; allí no hay pompa vana, no hay afectación palaciega, y, sin embargo, la casa es un palacio; hay rústica nobleza, hay paz, hay hidalguía. Casa buena que saluda e invita con voz de buen aroma, ¿quién pasa sin entrar? Y después del huerto hay un zaguán. ¿Creéis que acaso conduce a algún estrado frío y sin alma? No, por cierto: conduce a un patio que es otro jardín; altísimas palmas hacen gracioso y noble toldo que tamiza la luz del cielo azul turquí en verdosa frescura; fresca y suave música da el inquieto surtidor de la fuente; música de agua, siempre igual y siempre diferente; música eterna que a cada instante nace y nunca muere. Este patio es salón y laberinto para perderse en red de apasionadas contemplaciones. Pero —diréis—los muros lo limitan. ¿Eso pensáis? Aquel de la derecha se abre en rejas amplias, invitadoras. ¿Y qué hay tras de las rejas? ¡Otro jardín! Más naranjos, más palmas, más rosales cuajados en cascada de corolas blancas y marfileñas, magnolias, arrayanes; y un muro blanco al fondo, y en el muro una puerta, y a través de la puerta ¡las palmas verdes de un jardín más! Y si volvemos los ojos a la izquierda, por las ventanas del salón cercano se atisba un patinillo enarenado, alegre en el verdor de plantas y macetas, con las madresevas en flor trepando por las tapias, con otra fuente...

Por un jardín rústico, también a modo



Mariano Benlliure, el asombroso maestro del cincel, ha ido este año, una vez más, en peregrinación artística a la Feria de Sevilla. De allí se trae en los ojos la embriaguez de luz y alegría que ha puesto en esta página. Es toda el alma de Sevilla hecha plasticidad y hecha mujer, de una hermosura al mismo tiempo maciza y alada, en el soberbio apunte en que el lápiz pasmoso ha sido como la varita de virtud de un mago.



de huerto, se entra en la Casa de Pilatos. Y la casa es palacio también. La bienvenida, esta vez detonante y mágica, la da una monstruosa enredadera cuajada de flor rojo púrpura, que yo no sé si sube desde el suelo del patio hasta el último piso o si cae al huerto desde la azotea; ello es que, milagro o sueño de un jardinero loco, trueca la arquitectura en cosa viva, afirmando el imperio de la naturaleza libre sobre toda prisión de humana cobardía; no hay quien pase el patio con indiferencia; guardiana y reina, la enredadera roja exige tributo de admiración a todo visitante; hay que detenerse; y en la parada contemplar en el huerto los geranios rojos, también detonantes sobre la cal del muro, y las margaritas en matas gigantescas, y las rosas de terciopelo carmesí, las que huelen a todas las locuras..., y se entra tan despacio en el patio que quiere ser romano, donde canta la fuente... Bien quisiera el que pasa pararse a oír; pero hay una atracción misteriosa que le lleva a la inmensa escalera, queriendo contemplar los incomparables azulejos; no puede, porque da en las anchas rejas que tienen a uno y otro lado poyos invitadores. Y por las rejas ¡se ve otro jardín! Este es sombrío; las palmas son altísimas; las magnolias, también, y de unos a otros árboles corren rosales trepadores gigantes, nunca imaginados, casi monstruosos, como la enredadera del primer huerto. ¡Y todos están cubiertos de flor! No son rosales; son cada uno un jardín, un río de color que se precipitase del cielo al suelo: hay uno rojo, hay uno rosa pálido, hay uno blanco, hay uno amarillo marfil... y bajo las cascadas de rosas florecen los espinos, triunfantes banderas de abril... y unos cuantos naranjos. Y toda esta fronda hace un retiro verde y umbroso, y el suelo, con la sombra y la fuente, parece que está triste y húmedo...; pero encima de todo el verde laberinto luce el sol andaluz en un cielo de esmalte bruñido y pelea con las enmarañadas ramas por llegar al suelo, y aquí arranca chispas a las rosas rojas, y más allá centellas a los espinos blancos, y un poco más abajo oro brillante al oro de las naranjas viejas; ¡y hay que ver, y sentir sobre todo, la inquietante y suprema inmundicia del sol sobre un jardín que se empeña en ser triste; inmundicia que tiene en perpetua alarma y oración a dos feísimas estatuas orantes que guardan las puertas de la capilla! ¿Cuánto tiempo pasa el visitante en el poyo de la primera reja? Al levantarse, casi se avergüenza de su inmoderada contemplación y hace propósito de seguir subiendo, sin pensar en frondas, ya que las Guías no quieren hablar de ellas, sino de arquitectura y salones; pero hay otra ventana y otro poyo y desde aquí se ve el jardín a contraluz, y hay que mirar por fuerza y olvidarse mirando... Y cuando por tremendo esfuerzo de voluntad se llega a lo más alto, las ventanas abren sobre la terraza, y sobre la terraza desparrama la roja enredadera del huerto magnificencias no sospechadas, en plena libertad, cara al cielo, olvidada de la tierra en que nació, borra de sol, ansiosa de más sol, sol ella misma en la cálida lumbre de su inacabable florecimiento...

¿Y el parque? Jardín viejo y nuevo, de árboles centenarios y recién nacidos cipreses; el parque mágico, el de cuento de hadas, es de sendas de arena de oro, el verdadero jardín de las Hespérides, el incomparable, el inolvidable, el de las pérgolas vestidas de rosas, el de las glorietas que se esbozan prometiendo refugios a nuestros pensamientos venideros, descansos que en ellos hemos de venir a buscar cuando, nosotros viejos y ellas en juventud plena y lozana, traigamos a su sombra la fatiga del corazón que habrá vivido tanto para entonces. ¿No sentís una extraña y nunca

imaginada voluptuosidad al pensar: «Bajo la sombra de esta glorietta que ahora empieza a formarse vendré yo a recordar melancólicamente la fiebre de estos días de juventud?» Se habla del encanto de los jardines viejos. ¿Y este encanto como de fruta verde mordida a toda prisa del jardín que apenas acaba de nacer?... «Por aquella pérgola trepará el rosal... Este ciprés que apenas brota de la tierra se perderá un crepúsculo, cuando yo ya no exista, en la penumbra de una tarde de otoño...»

Entretanto, hoy es primavera; sobre la arena de oro, montones de oro; son las naranjas que se han caído y que están recogidas bajo los árboles por que nadie las toque, y lentamente se descomponen, saturando el aire de un aroma fuerte y sensual, al cual se opone, como la penitencia al pecado, el olor litúrgico del romero en flor, que habla de procesiones bajo el sol en las luminosas mañanas de Pascua; y como protesta, a su vez, contra el ascetismo del cristiano aroma, lanzan los arrayanes moros su acre y perturbador perfume. Y así las brisas locas de abril, trayendo y llevando ráfagas de santidad y de

tentación, traen armada batalla perdurable entre desvarios y arrepentimientos; mas el azahar los vence a todos, proclamando: ¡Basta de contiendas! En Sevilla no se opone el cielo a la tierra. Y si el alma enloquece, aquí la locura no es perdición, porque la vida aquí es todopoderosa y ahoga toda ley en su imperiosa afirmación de gozo...

Y este es el milagro de Sevilla: sus jardines, los nuevos y los viejos, que se visten de rosas y huelen a azahares, encantan el alma para siempre. Id a Sevilla en el mes de abril; gustad la magia de los jardines sevillanos en el mes de abril; someteos al filtro de su aroma de azahares en el mes de abril... ¡y olvidados de todo: del cielo, de la tierra, de que hay trabajo, de que puede haber muerte, de que hay amor y desamor, de que hay fe y hay engaño...; dejados anegar en la marea de sol y cielo azul; no penséis, no sintáis; abrid los ojos, cerrad el pensamiento, dejad el alma libre; porque os juro que si en estos jardines se pierde una mañana de primavera, habrá hallado de una vez para siempre el secreto de la inmortalidad!

Gregorio MARTÍNEZ SIERRA

## EL PARAISO

Eva vivió cientos de años. Los nietos de sus nietos jugaban junto a ella, a la luz de la Luna, alrededor de las hogueras que, unas veces en las mesetas de los montes, otras en las llanuras dilatadas, encendía la errante caravana de hombres en el descanso nocturnal.

Eva estaba ya vieja; aquellas piernas fuertes—columnas de la Vida, mantenedoras del primer vientre fecundo de la Tierra—no podían ya llevarla. Y la Humanidad la llevaba, en su marcha azarosa por el mundo: los más hábiles la hicieron un lecho portátil con troncos de cedro y pieles de pantera; la transportaban los más fuertes, como a sagrado objeto de su veneración.

Por las tardes, en la hora gris y rosa, cuando el Sol se ponía, Eva, desde su lecho, llamaba a los niños. Y los niños oían de aquella boca sabia y secular la historia de la dicha y del castigo, la pintura del Edén, con sus flores olorosas de color de oro, con sus ríos argentados, con sus pájaros de colas como un arco iris. Eva enseñaba a bendecir a Dios, a acatar la condena que la culpa de ella había echado sobre todos sus hijos, haciéndola salir del Paraíso lejano, perdido para siempre, más allá del Eufrates, y a cuya puerta un ángel guardaba la entrada. Allí no existía el tiempo, ni existía el dolor: la Muerte estaba fuera. Allí, alzando los ojos, se veía a Dios entre rosadas nubes, a través de un desgarrón de los verdes doseles florecidos.

Y sucedió que un día, mientras el baño humano peleaba con un tropel de lobos, Afra y Sem, una niña y un niño, se fueron de los suyos. Sin comprender con claridad la historia de la Madre Soberana, habían, no obstante, meditado ambos su plan: partir juntos a buscar el Paraíso.

Caminaron, cogidos de la mano, a través de los bosques poblados de fieras; cruzaron por las faldas de los volcanes humeantes; sortearon las orillas de los lagos callados. Sem cazaba pajarillos a pedradas, trepaba por manzanas a los árboles, y cuando con su compañera las comía, mordisqueando ambos de la misma fruta, que les llenaba las mejillas del agri dulce zumo, con más fruición soñaban en el Edén buscado. Juntos dormían bajo las gráciles palmeras, sin miedo a la picadura de la víbora ni a la zarpada

del león. Y la marcha continuaba día tras día, sin que encontrasen nunca el dintel del Paraíso.

El Sol había pasado muchas veces por el cielo, alumbrando las ansias de los peregrinos, y Afra desfallecía de cansancio y de sed; la fiebre iba a dejarla muerta en medio de los campos.

Pero una tarde, en la hora del crepúsculo, entre las sombras que llegaban, tuvieron que seguir andando en busca de un arroyo que aplacase el ardor de los labios de Afra, y a medida que avanzaban, sin rumbo y sin fuerzas, comenzaron a vislumbrar muy lejos, en el horizonte, un resplandor suave.

Hacia momentos que la noche había cerrado y, sin embargo, aquello era una aurora cual no habían visto amaneceres más hermosos los ojos de los niños.

Afra no podía andar; Sem, haciendo un esfuerzo sobrehumano, la tomó en sus brazos. «Es el Edén, es el Edén», decía.

Anduvo sin descanso, flaqueándole las piernas pierrecillas de quince años; anduvo con la carga adorada mucho tiempo, mucho tiempo, acercándose a la luz desconocida.

Y la luz era del Paraíso. Y llegó.

Ante sus ojos se extendía un altísimo valladar de follaje en que las hojas no se veían, cubiertas por las flores. Dentro reinaba el día con claridad de incendio. La entrada no era mas que una rotura en el ramaje, y a través de ella se veían las veredas anchurosas tapizadas de arenas de oro; se oía el trinar de los pintados pájaros, que saltaban, picoteando, entre las ramas de los árboles gigantes; se percibía el olor de las enormes rosas de color de escarlata.

Junto a la puerta, plegadas las alas, echado sobre el césped, tendida sobre el niveo cuerpo la fulgurante espada sin quemarle en sus llamas, dormía un ángel.

Sem iba a despertarle; pero la niña, con femenil astucia, puso una manecita sobre los labios de él.

Deslizóse de los brazos de su compañero y, posando en el suelo los laceados pies, fué de puntillas acercándose con Sem al dormido guardián. A medida que ambos acortaban los pasos que de la entrada del Edén los se-

paraban, un misterioso hálito de vida y de esperanza les invadía cuerpos y espíritus.

Cuando llegaron al dintel sintieron como una fuerza sobrenatural que hacia dentro les empujaba; ni aun se tuvieron a admirar la belleza del ángel, y se vieron dentro del lugar soñado.

Radiantes de alegría, levantaron al cielo la mirada... Y cayeron de rodillas. En el cielo, como la madre Eva había dicho, se veía a Dios en una gloria de rosadas nubes, desde la cual caía sobre ellos la música inefable de los coros empíreos. Dios miraba a los niños invasores del Edén, y sonreía.

\*

Para Afra y Sem no corría el tiempo. El Sol, inmóvil en medio de la bóveda celeste, alumbraba perennemente sus risas y sus juegos bajo los ojos del Creador. Animales mil veces más hermosos que las panteras de la Arabia se tendían a sus pies; frutos más dulces infinitamente que los dátiles de Siria regalaban sus bocas; olores más fragantes que los exhalados de los cedros del Líbano llegaban a su olfato... Y una vez, cuando fuera del Edén habían corrido muchos días y muchas noches, aconteció el pecado.

Afra y Sem, cobijados por la sombra de un árbol colosal cuajado de unas flores triangulares de color de sangre, besáronse en la boca.

Pasaba entonces ante ellos una gran mariposa de alas de oro, y la quiso Afra. Sem se lanzó a cogerla, alejándose del lugar donde su compañera había quedado. Volaba la mariposa sin cansarse, y el niño la perseguía sin alcanzarla. De repente, se interpuso en su carrera el valladar del Paraíso. Se remontó sobre él la mariposa y el valladar se abrió, dejando paso a Sem, que, ciego, se lanzó por la abertura.

El paisaje cambió súbitamente: era noche cerrada, hacía frío.

La mariposa ya no se veía.

Sem sintió entonces la fatiga de su larga carrera; tenía el cuerpo débil, arrugado, decrepito. Era un viejo.

Extenuado, se dejó caer sobre la húmeda tierra. Cuando, ya sin fuerzas, se sentía morir, una fiera, saltando en las tinieblas, cayó sobre él y le acabó.

\*

Dentro del Paraíso, Afra esperaba en vano la vuelta del amado. Le llamaba corriendo por las veredas de oro; le llamaba en los kinderios de los bosques aromados; le llamaba al borde de los ríos de plata; le llamaba a la entrada de las resplandecientes grutas de irregulares paredes cristalinas.

Y él no la respondía.

Y entonces miró al cielo para buscar a Dios.

Y Dios no estaba.

Y lloró Afra amargamente.

Y llamando al amado, llegó al dintel del Paraíso, y salió para siempre, despertando con sus sollozos al ángel que dormía.

\*

Volvió Afra entre los suyos; Afra vivió doscientos años... También, como a Eva, la llevaba la Humanidad, en su errabunda marcha, sobre un lecho formado con troncos de cedro y pieles de pantera. También ella, en el descanso del crepúsculo, llamaba a los niños y les narraba las delicias del Edén. Pero al final de su relato, mientras la triste Humanidad, cansada de la lucha por la vida, iba a dormir junto a la hoguera, a la luz de la Luna, decía Afra:

—No busquéis el Paraíso. En el Paraíso, hijos míos, nietos míos, bisnietos míos, pedazos de mi carne, no puede haber amor.

Joaquín LÓPEZ BARBADILLO



EL LIBRO

# Nietzsche y su epistolario.

Continuación

COMPRENDEIS todo el sentido de plasmación real de un ensueño que la personalidad de Wagner había de producir en el alma turbulenta de Nietzsche? Schopenhauer, había sido para él la profunda negación. Wagner iba a ser la ilusión compensadora. «Los griegos creían, como los europeos ahora, en la fatalidad de las fuerzas naturales; y creían también que el hombre debe crearse sus virtudes y sus dioses... Ni la ciencia ni la religión pueden salvarnos; recurrid al arte, potencia de los tiempos nuevos, y al artista, que es Ricardo Wagner.»

Pero Nietzsche iba a terminar muy pronto lo que podríamos llamar el período lírico de su amistad con Wagner. Los grandiosos proyectos del músico iban a plasmarse en la realidad aparatosa y triunfal de Bayreuth, tan distinta de las noches soñadoras de Tribschen. La idealidad iba a sufrir la más tremenda de sus crisis: tomar formas tangibles y humanas... La fe iba a tornarse culto, liturgia; tendría su templo, su teatro; esto es, su Casa de Dios.—¡Ah! Sin duda el prestigio formidable que la tragedia griega ejerce hoy sobre nosotros se funda precisamente en que actúa como valor casi puro de espiritualidad. Nosotros convivimos con sus personajes en una existencia etérea, como si fuesen nuestros conciudadanos de ensueño y fantasía. Sus héroes son personificaciones de una gloria transfigurada que amplía el radio mísero de nuestra sentimentalidad de mortal y abre para nosotros las puertas de los palacios del misterio. Sus heroínas son nuestras amadas, y de nuestro amor con esas inmortales nace, como Euforion nació de Faust y Helena, el espíritu que vamos infundiendo en nuestra vida efímera de mortales. Siguiendo el concepto wagneriano de la selección, podríamos decir que la diferencia entre la multitud y los hombres excepcionales consiste en que aquélla cree en la realidad de sus ilusiones, quitándoles, por ello, todo valor de espíritu, mientras éstos mantienen a las ilusiones toda su íntegra pureza ideal, porque conocen su oposición a la verdad real.

El romanticismo nativo de Wagner no suponía una incompatibilidad absoluta con el sentido heleno de la idealidad trágica de Nietzsche, porque éste veía en el dionisismo griego una forma evolutiva muy semejante a la sentimentalidad romántica. Traducíamos la página que dedica Halévy a exponer esa visión personal, expuesta en las conferencias de Nietzsche sobre la estética de los trágicos griegos, en las cuales destruía los tradicionales errores de visión sobre el arte helénico, adulterado en las escuelas: «Describió una Grecia desconocida, turbada por los misterios, por las embriagueces de Dionisios. Esa turbación, esa embriaguez, la iniciaron en el lirismo, en el canto, en la contemplación trágica. Parece que quiso definir ese romanticismo eterno, siempre parecido a sí mismo, que caracterizó a Grecia en el siglo VI (a de J. C.) y a Europa en el XIII; el mismo, sin duda, que inspira a Ricardo Wagner en su retiro de Tribschen... El viejo solar griego, decía, ha producido muchedumbres entusiastas, llenas de Dionisios; así también, en la Edad Media, las danzas de las fiestas de San Juan y San Vito levantaban multitudes que iban, danzando, cantando, saltando, de ciudad en ciudad, acreciéndose en cada una de ellas. Pueden los médicos considerar esos fenómenos como enfermedades populares: nosotros decimos sencillamente que el drama antiguo es la flor de esa enfer-

medad, y que si nuestro arte moderno no brota de esa fuente misteriosa, ello constituye su desgracia.»

La coincidencia de Wagner y Nietzsche, decíamos, se debió a dos contactos espirituales: el concepto aristocrático y la visión trágica.—Su ruptura se debió también a dos desilusiones: el pomposo li-

turgismo teatral de Bayreuth y la derivación cristiana de Wagner.

A través del Epistolario, esa declinación se transparenta como una caída parabólica, hasta llegar, más adelante, a las mayores amarguras y acritudes de expresión. Wagner, genialmente, había dado nuevas encarnaciones a los viejos mitos nacionales, desde la teogonía bárbara hasta la leyenda brumosa de los navegantes. Había cantado la fluctuación del alma de los Minnesinger entre la divinidad de la carne, en los mitos que se extinguían, persistiendo en la idealidad del arte, y la belleza casta, purificada por la nueva religión. Había descrito, en una

insuperable comedia lírica, su propia gloria de rebelde contra las Academias, transfigurándola en el cenáculo de los Maestros Cantores, en aquella Alemania burguesa, florecida en alegres ciudades, sonoras de gremialidad pintoresca. Había glorificado también la olvidada leyenda céltica, el caudal épico del ciclo bretón, creando un poema de Amor y Muerte digno de enfrentarse con el de Shakespeare, y enlazando con la tradición teutona de la Casa de Suabia la fecunda sugestión del Santo Graal.

Acaso Tannhäuser representó la primera vacilación de Ricardo Wagner, su primera infidelidad a la pureza bárbara (y, por tanto, aria todavía) de su inspiración; Tannhäuser, verdadero progenitor espiritual de Faust, y como él vacilante entre las dos culturas matrices de nuestra Europa, aria por su raza y por su idealidad de origen, semítica por su fe, por su catequización exótica. Pero Wagner continuaba siendo, como le llama D'Annunzio en *Il Fuoco, l'incantatore barbarico*; y esa fidelidad a sus orígenes le enlaza precisamente por el arianismo común con la tragedia griega.

*Parsifal* fué la primera revelación indudable del apartamiento entre Nietzsche y Wagner. Ya en una representación triunfal del *Crepúsculo de los Dioses*, en Bayreuth, Nietzsche había sentido la decepción invadir su alma, ante aquella trivialidad apoteótica, como si el cadáver de Sigfrido, bajo la sublime *Marcha fúnebre*, representase las exequias de otro héroe espiritual caído: el propio Wagner. Cuando recibió el *Parsifal*, el desencanto por la transcendencia simbólica del poema eclipsó la admiración irresistible por aquella grandeza, consagrada a exaltar un ideal adverso y pernicioso. Nietzsche no vió sólo en ella una exaltación del cristianismo, sino también del catolicismo; y precisamente se encontraba entonces sometido a una efímera admiración de Lutero, al cual más adelante fustigó con dureza, como natural enemigo del sentido pagano de Roma. «¡Ah, nuestra atmósfera protestante, buena y pura!—escribió a Ronde, ya en 1875—. Jamás he sentido tan vivamente cuán llevo estoy del espíritu de Lutero. ¡Y el desgraciado (Wagner) vuelve la espalda a tantos genios libertadores!»

Copiemos ahora, simplemente, el final de la carta en que cuenta el barón de Seydlitz, desde Basilea, el 4 de enero de 1878, la impresión de lectura del *Parsifal*:

«Toda la obra está llena del espíritu de la Contra-Reforma, y hay en ella mucho más Liszt que Wagner. Además, acostumbrado a la atmósfera griega, tan humana, encuentro esa obra de un cristianismo muy limitado, de una psicología fantástica; falta en absoluto de carne, pero con demasiada sangre (sobre todo la Santa Cena es excesivamente sangrienta para mí). No me gustan las criadas histéricas. Mucho de lo que es soportable para la visión interna no lo es ya para la escena. Pensad en nuestros actores, e imaginadlos en éxtasis, rezando y temblando. Tampoco creo que el interior del templo produzca efecto en escena, y mucho menos el cisne herido. Todas estas bellas invenciones pertenecen al *epos*, y son, como ya he dicho, para la visión interior. El estilo parece la traducción de un idioma extranjero. Pero las situaciones y su desarrollo son de la más elevada poesía. Jamás un músico pudo confiar a la música más alta misión.»

Schopenhauer había sido para Nietzsche el período de la negación suprema. Wagner fué el de la primera compensación optimista, el refugio del arte contra la verdad, la ilusión consolatríz. De uno y de otro fué apartándose Nietzsche. Pronto iba a florecer en él la fuerte afirmación.

## VEJO ARTE PORTUGUÉS NUÑO GONÇALVES



Este raro pintor, acaso el más notable que Portugal produjera, ha sido sacado del olvido por el doctísimo historiador de la pintura lusitana José de Figueiredo, ilustre director del Museo Nacional de Arte Antiguo, de Lisboa. De Nuño Gonçalves, «el pintor de la epopeya portuguesa», se tienen escasas noticias. Francisco de Holanda, el amigo de Miguel Ángel, le contaba entre las «aguilas», o sean los maestros más famosos que cultivaron el arte de la pintura, citándole como autor del altar de San Vicente, en Lisboa; pero sin mencionar su nombre. Oscurecida su fama durante siglos, ha venido a devolverle su primitivo esplendor la crítica erudita.

Pintor del Rey D. Alfonso V, en 1450, ejecutó unos diez años más tarde dos trípticos dedicados a conmemorar la adoración de San Vicente. A ellos pertenece la tabla que reproducimos.

Lo que Dominico Theotocopuli, el Greco, significa para el conocimiento de la España de los días de Felipe II, eso es Nuño Gonçalves respecto del Reino lusitano en tiempos de Alfonso V, de Enrique el Navegante y del pálido mozo que luego había de ser Rey con el título de Juan II.

Se ha invocado el nombre de Juan Van Eyck buscando antecedentes al viejo maestro Nuño Gonçalves. Discípulo o no de aquél, se nos ofrece como un psicólogo profundo. La pintura no es aquí oficio de puro mecanicismo; es visión intensa de realidad, que nunca se despoja de un conmovedor fondo poético. La lírica «saudade» del alma portuguesa bien de manifiesto está en estos hombres de sangre real o plebea; en estos caballeros, en estos eclesiásticos, en estos frailes, o en estos humildes pescadores, unidos por los vínculos de la raza en una aspiración común de elevado sentido. Las severas actitudes adoptadas por la devoción no disimulan el anhelo íntimo de acciones patrióticas, tras el galardón de la gloria, que parece leerse en las fisonomías.

Angel VEGUE Y GOLDONI

Gabriel ALOMAR



# LOS TRES CERDITOS Y EL LOBO

- CUENTO INFANTIL -

Érase un cerdo, el buen cerdo, que tenía tres hijos.

Uno era muy goloso; no hacía mas que meterse por la cocina para lamer los platos y andar rebuscando siempre en la basura las mondaduras y los huesos de los melocotones o las cáscaras de melón. Cuando hacían tortas en una casa había que tener con él mucho cuidado porque se subía a la artesa de la masa, y un día, al encaramarse, la volcó y a poco si se ahoga.

El otro era un cerdito cochino, cochino de verdad, desde el hocico al rabo; sólo estaba contento viéndose en el basurero, come que te come. Se daba unas panzadas terribles de bellotas y de todo lo que encontraba; luego, cuando estaba bien lleno, se echaba a dormir la siesta como un bendito, y si alguien le molestaba daba unos gruñidos y unos gritos tan chillones y destemplados, que se alborotaba toda la vecindad, creyendo que le estaban degollando.

Fuera de esto, eran los dos cerditos muy pacíficos, muy bonitos y muy buenas personas.

Pero ninguno de los dos era tan listo y bueno como el cerdito sabio. Este se conformaba con todo, sacaba partido de cualquier cosa, se divertía siempre en cualquier parte y vivía más tranquilo y más feliz que ninguno.

Igual que el papá. El buen cerdo, papá de los cerditos, tenía fama de bonachón y de sabio cachazudo que sabe siempre lo que debe hacer. Por eso todos los vecinos del corral se le acercaban a contarle sus cuitas.

Las gallinas le enteraban de todo lo que pasaba en el gallinero.

—La pinta no sabe poner huevos—decía una moñuda, muy charlatana y orgullosa.

—La moñuda es una tonta que se da mucho tono—decía la pinta—; pero ya quisiera tener los años que yo tengo.

Y así estaban hasta que venía el gallo, con mucha gravedad, a echarlas de allí para que no marearan al buen cerdo con tantos chismes de comadre.

Los polluelos, corretones y traviesos, se le acercaban también a preguntar cosas al buen cerdo; pero él sonreía y les decía:

—¡Tunos, más que tunos! Lo que queréis es entretenerme para comeros las cosas buenas que tengo alrededor.

Y se reía el buen cerdo, porque no le importaba que picotearan los pollitos por allí.

Las lagartijas venían también a tomar el sol con el cerdo, pero no se estaban quietas, por cualquier cosa se asustaban y salían corriendo a encerrarse en su casa.

Los perros eran más tranquilos y se podía hablar con ellos. Se tumbaban allí junto al buen cerdo, echaban una parrada con él y se dormían tranquilamente.

—Da gusto dormir al sol, ¿verdad?—decía el perro cuando se despertaba, abriendo una boca de a cuarta y zampándose una mosca de paso.

—Da gusto—gruñía el buen cerdo, descansando el hocico en el suelo, sin fuerzas para abrir los ojos.

Enmedio de estas pláticas llegaban los cerditos corriendo y jugando; era que jugaban al toro, y allí, junto a su papá, «no valían».

—Venís sudando—decía el papá cerdo a los cerditos—. Cuidado con que bebáis agua de la pila... No os pongáis a la corriente, que sois unos atolondrados y os vais a constipar.

—En cambio, tú te pones así de gordo por no moverte nunca.

Los tres cerditos pasaban la vida corriendo y saltando, jugando al escondite, bailando en corro cogidos de las manos y divirtiéndose en espantar a los patos y a las gallinas dando chillidos y corriendo detrás de ellas. ¡Cómo se reían los cerditos y cómo sacudían las orejas, tan contentos!

Pero su papá era una persona formal, que pensaba las cosas, y mientras los cerditos jugaban cavilaba él para asegurarse el porvenir, pues podía llegar un día en que ellos fueran grandes y les faltase su papá para mirar por ellos. Un día los llamó y les dijo:

—Ya vais siendo crecidos y necesitáis una casita.

Los cerditos palmotearon, brincando de alegría.

Aquello de tener una casa para ellos



solos, como si fueran personajes, les volvía locos de contento y se inflaban más todavía de lo que iban estando, al verse ya convertidos en señorones, lo mismo que tantos y tantos propietarios que veían pasar por el camino montados en sus coches.

—Cada cual necesita su casa.

—Decídmelo—seguía diciendo cerdo-papá—, es preciso que me diga cada uno de qué quiere la casa para que la tenga a su gusto.

—Como tú quieras, hazla como tú quieras—dijeron los cerditos por cumplir con papá; pero soñando cada uno con la casa que más le gustaba.

—No, no—protestó el cerdo grande—. Tenéis que ser vosotros los que me digáis cómo os hago las casas. Luego reñiréis si no. Con lo gruñones que sois, ¡cualquiera os aguantaría si la casa no estuviera a vuestro gusto!

—Yo la quiero de dulce—dijo entonces el cerdito goloso—; de harina con azúcar, con mucha azúcar, como las tortas. ¡Uy, qué rico!

—Te la haremos de dulce—dijo el cerdo—. ¿Y tú, cómo quieres la tuya?—preguntó al hermano segundo.

—Yo, de estiércol—dijo en seguida—, para estar calentito y oler como en tu casa. ¡Qué bien huele el estiércol y qué bien se duerme en el estiércol!

—Pues te la haré de estiércol—dijo el papá—. Tú ahora—preguntó al más pequeño—, ¿cómo quieres tu casa?

—De ladrillo—contestó el otro cerdo, el tercero.

Los hermanitos se quedaron con el hocico abierto. ¡De ladrillo! ¡Vaya un gusto raro!

—¡De ladrillo!... ¡Vaya un gusto!

—Como las de los hombres... ¡Serás tonto!

—Una cosa que no puede lamerse... ¡No tienes sentido común!

—Ni respeto. ¿No ves que todos los cerdos viven en el estiércol? ¿Por qué tú quieres la casa de ladrillo?

—Porque se la ha visto a ellos...

—Ganas de distinguirse...

Pero el cerdito sabio los dejó reír sin cambiar de idea:

—Yo la quiero de ladrillo, papá.

—Pues la tendrás de ladrillo, no te apures.

Y como lo quisieron así fué.

Murió el buen cerdo y los cerditos se fueron al bosque y vivieron cada uno en su casa.

¡Qué buena vida aquella! El cerdito goloso todas las noches, antes de acostarse, daba un lametón a la pared y se dormía como un bendito.

Roncaba el cerdito cochino y se revolcaba en el estiércol.

De los dos se reía el cerdito sabio en su casa de ladrillo. Salía a pasear, se buscaba la comida, echaba la siesta al sol, y cuando llegaba la noche se metía en su casa como los otros dos hermanos.

Una noche llegó el lobo a la puerta del cerdito goloso y dió unos golpes.

—Tras, tras.

—¿Quién es?

—Soy tu hermano, que quiere decirte una cosa—dijo el lobo.

Pero el cerdito le conoció por la voz y le dijo:

—No, no, que eres el lobo. Vete, porque no te abriré.

Entonces el lobo se echó a reír, y sin decir una palabra comenzó a lamer la casita. De esta manera, entre el lobo que lamía por fuera y el cerdito por dentro, se adelgazó la pared al cabo de unos días, y el lobo, haciendo un agujero, entró en la casa, cogió al cerdito y se lo llevó a su cueva para cazarle allí y comérselo cuando estuviese gordo, gordo.

En cuanto tuvo a este, se presentó el lobo en la casa del segundo y llamó:

—Tras, tras.

—¿Quién es?

—Soy tu hermano.

El cerdito no contestó siquiera porque comprendió que era el lobo y siguió durmiendo, confiado en que nadie podría entrar nunca en su casa; pero el lobo tomó carrera y dando un salto se dejó caer desde lo alto encima de la choza, y como el estiércol es blando, se desmoronó el lecho, entró el lobo, cogió al cerdito y se lo llevó a su casa para comérselo cuando estuviese bien de carnes.

Ya no quedaba más que el cerdito sabio; el lobo llamó:

—Tras, tras.

—¿Quién es?

El lobo empezó a llorar para que el cerdito saliera a ver quién lloraba; pero el cerdito le chilló:

—Vete, lobo, vete, que ya te conozco y se tus mañas.

Este es más listo que sus hermanos—pensó el lobo—. Ya sabía él lo que se hacía cuando encargó la casa de ladrillo. Pero a listo nadie me gana. Y discurrendo, discurrendo, se le ocurrió un ardid:

—Entraré por la chimenea—se dijo.

Y riéndose socarronamente de la ocurrencia se fué a su casa para esperar la noche siguiente y llevar a cabo su plan.

Pero el cerdito sabía más de lo que se figuraba el lobo, y en cuanto fué de día salió corriendo al pueblo a comprar un caldero.

El lobo le estaba acechando y le esperó detrás de un árbol para ver cuándo volvía y saber para qué había ido al pueblo el cerdo sabio.

Pero por algo era sabio el cerdito.

Cuando iba para el pueblo vió de reojo al lobo que se escondía y pensó: Ya verás.

En cuanto compró el caldero y salió al campo se echó el cerdito su caldero sobre las costillas y se fué hacia su casa. Como el caldero era muy grande, tapaba al cerdo todo, así que, cuando andaba, parecía que el caldero iba solo.

El lobo, que esperaba al pie del monte, vió de pronto una cosa muy grande que bajaba por la montaña abajo.

—¡Uy, Dios mío! ¿Qué es eso?—dijo el lobo temblando.

Era el cerdito que venía debajo del caldero; pero como el lobo no lo sabía, creyó que era un bicho feroz, nunca visto. Parecía una tortuga, pero mucho más gorda... y con un caparazón atroz...

Esperó un poco todavía, a ver si aquel animal tan raro se iba para otro sitio; pero vió que seguía bajando hacia donde él estaba; apretó a correr y no paró hasta que le perdió de vista.

El cerdito, que lo había visto todo por una rendijita debajo del caldero, se reía para sus adentros y decía:

—¡Ah, tunante, la que te espera!

Y en cuanto llegó a su casa cerró bien la puerta y se puso a terminar el plan que preparaba para cazar al lobo.

Llenó el caldero de agua, encendió la lumbre, y cuando estuvo hierviéndolo el agua del caldero la puso debajo de la chimenea y esperó.

El lobo vino de puntillas, se encaramó al tejado y se dejó escurrir por la chimenea; pero al llegar abajo cayó dentro del caldero y se abrasó.

Entonces el cerdito fué a casa del lobo, sacó a sus hermanos, y los tres, bailando y brincando, se fueron a enterrar al lobo. Y vivieron juntos y felices en la casa de ladrillo del cerdo sabio...

JUAN DE LAS VIÑAS

Dibujos de BARTOLOZZI.







## Sevilla

Sólo un vago recuerdo de Sevilla.  
También aquí el naranjo nos embriaga,  
y el olor de los nardos y claveles  
bebe hasta el campanil de la Giralda.

¿La torre mora de color gitano  
y de línea espigada!

Las cancelas. Los patios que en la noche  
lucen la hortensia verde y la albahaca,  
y el rumor de unos remos bajo el puente  
de Triana.

El río es un ensueño que se pierde  
sobre la vega llana,  
y abre su seno al mercantil navío  
que trae el dulce dátíl de Canarias,  
y lleva los barriles jerezanos  
y las esféricas naranjas.

Un aguafuerte... La calleja oscura.  
La Morería junto al viejo Alcázar,  
y en el recinto del Alcázar viejo  
fuentes, frondas y lunas reflejadas...

Cañas de manzanilla...

Plazoletas

donde el silencio acoge a las campanas,  
que están en dúo misterioso y dulce  
con las guitarras...

La calle de Las Sierpes tiene un aire  
de lonja, de tertulia y de terraza,  
y el patio secular de los Naranjos  
una pristina nitidez lunaria.  
Viejo es el patio, viejo y calcinado;  
pero está tan dorado en la mañana  
y tan azul bajo la luna llena,  
que al alba es oro y a la noche es plata.

La ciudad tiene un poco de herejía,  
y otro también de contrición cristiana...  
Cantan saetas a la Macarena  
con el fuego carnal que a una gitana,  
y dan un tono místico a las rondas  
y a los cantares de sus serenatas.  
¿Porque tienen las santas de Sevilla  
sensualidad de religión pagana!

La Catedral. El Coro... Torerillos  
que antes fueron monagos, y en la Pascua  
hablaban de Frascuelo y del Guerrita  
detrás de un facistol...

¿La res! ¿La Plaza!

Los cortijeros y los coballistas  
que van a los encierros de Tablada...  
Y, en fin, la noble y virginal doncella  
que aun se entoca de maja.  
¿La peina de carey, la rica blonda,  
la falda que revuela acampanada,  
y unos ojos morunos que nos miran  
a puñaladas!

Todo, en fin, el recuerdo de Sevilla  
tiene la imprecisión que da su danza,  
llena de luz, de movimiento y línea,  
cadencia, ardor y agilidad y gracia.  
¿Una gracia imprecisa que precisa  
la mujer sevillana,  
y la alta torre de color gitano  
y de línea espigada,  
que parece cantar una saeta  
sobre los campos del solar de España!

Luis FERNANDEZ ARDÁVIN  
Dibujos de MARÍN.

## Granada

Como los granadinos esperan a Caronte  
entre viejas chumberas al pie del Sacro Monte,  
tienen una pereza y un esperar eterno  
y una misma sonrisa al cielo y al infierno.  
Y son bronce de Arabia. Se mueven las gitanas  
inflando sus haldillas, lo mismo que campanas  
de satén y carmín, en sus danzas paganas;  
y en el pelo aceitoso, rizado en dos patillas  
sobre la faz moruna, clavan las peinetillas  
blancas, verdes, azules, bermejas y amarillas.  
Al bailar las gitanas, los mil círculos rojos  
de la falda que abueca son una lluvia de ojos  
que se abren y se cierran y se clavan gachones  
en las sensualidades que dan los volantes  
moviéndose lascivos y airosos. Un gitano,  
con un rizo en la frente y una mimbre en la mano,  
celoso mordisquea un clavel en la boca.  
El otro, que es más viejo y malicioso, toca  
la clásica guitarra, sollozante y oscura.  
Diciendo con los naipes una buenventura,  
una vieja predice la vida de un inglés...  
—¿Entiende, mister, esta buenventura?

—¡Yes!

Y la flemática británica de la estoica Inglaterra  
halla contentamiento y amor en esta tierra.

¿Granada!... Antes de verte tuve un presentimiento,  
unas revelaciones y un adivinamiento:  
¿los adivinamientos y las revelaciones  
de todos los países y todos los rincones!  
¿Granada! Yo he pasado mis nupcias en Granada,  
y tuvo como fondo mi amor Sierra Nevada,  
que me tendió su manto de immaculado armiño  
para que en él durmiera mi corazón de niño.  
¿Sierra Nevada! Sierra que al soñador inquieta  
porque siendo mujer la llaman la veleta  
y veletas son todas las mujeres. Por eso  
las coplas andaluzas hablan del mozo preso  
que abriera un corazón infiel, que era un grillete,  
con una justiciera navaja de Albacete.

Las altivas montañas de donde baja el Darro  
son de hueso y marfil. Y, en cambio, son de barro  
cocido las figuras... Esta visión extraña  
de azulejo animado, sólo se da en España  
y en este misterioso rincón de los granados,  
las mujeres veletas y los hombres tostados.

En fin, siendo la Alhambra lo más raro y más bello,  
no dejara Granada de ser lo que es sin ello.  
Porque tienen su vida distinta y apartada  
la Alhambra jardinera y la bruna Granada.  
Pero están en idilio las dos, y ya no pueden  
vivir una sin otra. Y así, cuando se queden  
sin vida, en el olvido de los siglos pasados,  
parecerán las momias de dos enamorados.

La granada hecha fruta—; fruta carnal!—, mordida  
tiene un acre sabor a poma prohibida,  
y al salirse sus pulpas—rubíes—hacia afuera,  
parece que mordemos la tentación primera  
por lo fresca y jugosa y por lo sensual.  
¿La granada es el fruto del pecado mortal!

Y termino. Es Granada, el osezno, el pandero,  
las callejas moriscas, el lindo Miradero  
de Lindaraja y los patios de arrayanes.  
¿Las navajas son fieros curvados yataganes,  
y cada granadino un príncipe oriental,  
como Otelo celoso, vengativo y fatal!

El olivo y la viña, el cáñamo y la higuera  
idilizan también cuando la primavera  
tiende sobre los campos su brisa—aroma leve—,  
y llora en Mulhacén al desbelar la nieve.

Por la Sierra Nevada y por la Gitanilla,  
Dios me ayudó a tejer esta rima sencilla,  
y al ruido de la acequia de un carmen granadino  
mis versos sean como nuevas flores de lino.

Quieres que escriba versos de Andalucía.

Escribo:

Andalucía es, como yo entiendo, el olivo  
latinizante, y la mujer, la llama viva  
llena de gracia y sol, lo mismo que la oliva.  
Andalucía es—ya todos lo sabemos—  
la carne que adoramos, la pasión que tenemos,  
el paganismo hecho mujer de Andalucía,  
y un ensueño de flores y de mitología.

## Málaga

En ti lo aroman todo  
los naranjos y el mar,  
porque se mezcla el iodo  
con la flor del azahar...

¿Málaga!... Boquerones... Serenidad del mar.  
Un paseo florido—cada paso una «villa»—  
se reclina en la orilla...  
Es La Caleta con su vivo olor de azahar...

Pereza sarracena y armonía pagana.  
El aire embalsamado de pimienta y clavel.  
En el puerto se mece la goleta africana  
y canta en su toldilla el timonel.

Este puerto no tiene chirridos de cadenas.  
Las naves no hacen ruido al atracar.  
¿Parece que las quillas se volvieron sirenas  
y que van a cantar!

Parece que el gigante trasatlántico arriba,  
como un mito de Oriente, en un delfín.  
¿Oh, puerto cristalino, para la vela esquivo  
del viejo bergantín!

En El Palo, una aldea, se hace humilde la playa.  
La arena es más oscura, y tostado el color  
da quien cose en la arena de la playa la malla...  
¿Parece un bronce el pescador!

Como es abril y hay bodas en toda España, vienen  
desde los cuatro cabos en un viaje nupcial...  
¿Las novias se denuncian porque en la risa tienen  
una embriaguez de naranjal!

Y buscando la noche—oh, noches malagueñas!—,  
las parejas se adentran, siguiendo el malecón,  
en este mar sereno. Las luces ribereñas  
evocan un paisaje del Japón.

¿Málaga! Luna blanca. Salta alegre una estrella  
de una constelación.  
¿Y acompañan la copla de Málaga la bella  
la prima y el bordón!

En ti lo aroman todo  
los naranjos y el mar,  
porque se mezcla el iodo  
con la flor del azahar...



## Amado Nervo

MERCE al afectuoso impulso del ilustre escritor mejicano Alfonso Reyes han empezado a publicarse las *Obras completas* de Amado Nervo, que darán a conocer debidamente la interesante evolución del espíritu sublime y elevado de este maravilloso poeta, desde *Perlas negras* y *Místicas*, que constituyen el primer volumen de dichas obras.

Son *Perlas negras* ingenuas y sentidas iniciaciones, cantos turbados de adolescencia, amparados por una emocionada sinceridad, que el poeta invoca; anhelos dolorosos e imprecisos de un espíritu neurótico, lánguido y triste, que siente el dolor que al nacer le producen sus alas. Hay en ellos la angustiosa ansiedad de un alma que despierta y lucha por apresar su quimera en una forma rebelde todavía, y en la que la profunda influencia de Gutiérrez Nájera ha dejado retóricos sabores de nuestra escuela sevillana.

*Místicas* forman la parte más interesante del libro, no sólo porque ellas inauguraron la fama del poeta, sino porque ahora que nos es conocida su obra posterior nos muestran el arranque del doloroso proceso de su fe.

Observa el historiador Guillermo Ferrero que, «efecto del protestantismo radical o de la filosofía del siglo XVIII, o por alguna otra causa desconocida, América es ahora un país bastante místico, más místico que Europa en todo caso»; y refiriéndonos a Nervo, la causa se nos muestra claramente en la virgen ingenuidad de su raza, en cuyo fondo hallamos al indio extático, maravillado y absorto, verdadero artista, capaz de sentirse atraído y dominado por la inefable belleza del misterio. Nervo fué un místico (era para él condición precisa a todo poeta), y, sin embargo, no encontramos su verdadera musa creyente y firme en esta primera época de su vida, en que hay más deseo de creer que fe verdadera, y en su ardor y en su sed de infinito, la excesiva literatura ahoga la voz del corazón. Acaba de abandonar el seminario y siente melancólicas nostalgias laustales; inquietudes vagas que, unidas a las huellas imprecisas que en él han dejado las lecturas sagradas, le conducen a una «patética crisis religiosa», como califica Rodenbach la de Huysmans, en la que su espíritu vibrante se siente atraído por el misterioso magnífico esplendor litúrgico de los ritos, con sus deslumbrantes bordados de sedas, oros y pedrerías, sus densas nubes de oloroso y turbador incienso, las fastuosas exuberancias de los retorcidos retablos barrocos, las rutilantes policromías de las fantásticas vidrieras que cantó Laurent Tailhade...

Pero el poeta está fascinado, no enamorado, ni convencido; le subyuga la forma y en ella se queda; no se interna, no descubre la esencia; por eso la crisis es efímera, pasa...; pero queda la sed que salvará al poeta.

El Nervo de *Perlas negras* es un neurótico desesentado, un *névrose enfant de siècle* a quien las maravillosas sugerencias de la liturgia y el canto llano convierten, en *Místicas*, en un atribulado y contrito Durtal. Hay algo también en él de los complejos simbolismos forzados de las aguas fuertes de Ensor y Rops, y en su deseo de ser raro, las escandalosas violencias de esos poetas católicos y demoníacos modernos que en sus fervientes exaltaciones místicas han llegado al sacrilegio y la blasfemia: Barbey, Hello, Baudelaire, Bloy, Villiers, Huysmans, Verlaine. Sobre todo, éste. Con el pobre Lelián, con el poeta maldito y seráfico a quien Anatole France llama *Saint Satyre*, tiene afinidades tan hondas que hacen luchar simultáneamente (*parallelément*) en su corazón el bien

y el mal, la afirmación que el alma anhela, y la duda, la tentación que nutre el fuego que ha de purificar al corazón del poeta en el dolor. Al sublime «diróforo celeste» de «esta socrática» dedica un bello soneto y, como él, canta reverente a Luis de Baviera. En todas las composiciones del libro continúa patente la semejanza con los decadentistas franceses, y si ante las divinas palabras de Kempis siente, como Rimbaud, anularse la energía y la ambición, cuando clama contra la «carne triste» nos sugiere el desgarrado acento del maestro Mallarmé.

Más tarde, cuando, después de penoso éxodo, depurándose y buscando obstinado su camino, con el escrupuloso recelo de un Amiel espoleado por una sed de perfección y de amor, sufre un dolor inmenso (*La amada inmóvil*), en su alma se hace la luz, su fe se exalta y se ini-

cia su verdadera ruta mística, que no abandonará ya. Cambia su recamada capa pluvial por el burdo sayal de Asís, por cuyos jirones llegan vivos a su corazón los dolores de los hombres, que le hacen verter un inefable canto de amor. Su misticismo es ya sereno y elevado, porque brota de una fe diáfana y firme, a cuyo servicio pone, como Claudel y Francis Jammes, su maravillosa inspiración, se despoja de inútiles y artificiosas complicaciones que le atormentan, y orientado por los modernos intuicionismos bergsonianos, se simplifica y, tras tanto inquirir y desentrañar en vano, descubre maravillado, dentro de su propio corazón, al Sér Supremo, a la causa de las causas, al principio escondido de todas las cosas, que Anaximandro buscó en el aire, Thales en el agua y Heráclito en el fuego.

Antonio MARICHALAR

## Defuntucho

El aire es dulce y ligero, suavemente impregnado en el aroma de los pomares maduros.

Por delante del caserío se extienden jugosamente los maíces de un verde claro, empenachados de airones rojos, y la hierba, alta, mullida y húmeda, donde pastan dos o tres vaquitas rubias.

La otoñada ha puesto rojas todas las manzanas, y a esta luz crepuscular parecen esferas traslúcidas en las que refleja su sangre poniente el sol de la tarde.

Mientras leo, Inasia, alta, seca, nari-guda, toda vestida de negro y con un pañolito alrededor del moño, en el mismo occipucio, da de comer a las gallinas, arrojándoles puñados de grano y defendiéndose de las que llegan a picotear hasta sus mismos pies con gritos y exclamaciones de la más pintoresca variedad, que yo no entiendo.

El marido de Inasia, por su parte, descarga una carreta y canta una incomprendible letanía, que la brisa extiende lentamente. Al contrario de su mujer, él es ancho, gordo y de mirada dulce; en la coronilla lleva clavada una boinita inverosímil. Su nombre es Nemesio.

El canturreo de Nemesio y el aire dulce y perfumado me abstraen. Realmente, aquí se goza de la calma crepuscular con todo su encanto. La casa es pequeña y alegre. Tiene una solana de balconada verde, cuajada de geranios; dentro, los muebles deslumbran de limpios, y las camas asustan en fuerza de nitidez. Sobre cada una hay un cuadro piadoso: una Virgen de Lourdes, un Sagrado Corazón de Jesús o el santo regional, «Inasio», con su barbita recortada, sus ojos fríos y la mano colocada sobre el pecho, ocultando a medias una llaga encendida que extiende amarillentas llamaradas sobre el hábito negro; tal como lo vi en las vidrieras y en los cuadros de la evocadora Azpeitia.

Desde las cinco de la mañana Inasia va y viene, incansable, con sus zapatucos, enormes como peanas, y su larga figura, flaca y encorvada. Y realmente en la vivienda se echa de ver aquel escrupuloso esmero. La cocina da gloria verla: relucientes la espetera, de cobre, y los pucherillos alineados en el vasar de la gran chimenea, y las baldosas rojas y los bancos de pino. Como, a lo que se ve, Nemesio es algo descuidado y alguna vez le llena de barro los suelos, con frecuencia les oigo discutir en su dialecto, cada día más incomprendible para mí, y distingo alguna frase expresiva que Inasia, para mayor claridad, profiere en castellano:

—Porconaso..., susio.

En este instante Nemesio termina de descargar su carro y pone en el suelo a un chiquillo moffetudo, hijo de ambos, que corre hacia Inasia, la que también en este momento termina de echar el grano a las gallinas.

Cuando se aproximan dirijo un elogio a la robustez del muchacho, gordiflón y tan colorado como si tuviera por mejillas dos manzanas, e Inasia, enorgullecida, le hace separarse de sus sayas, a las que el niño se agarra desesperadamente, y le contempla a su vez sonriendo.

Según me explica, Nemesio acaba de traerlo de casa de los abuelos, donde pasó una temporada.

—¡Qué hermoso está! ¿Cuántos años tiene?

—Dos se cumplirá pa el primero de noviembre.

Vuelvo a asombrarme otro poco, y busco en mis bolsillos unas pastillas de chocolate.

—¿Cómo te llamas?—interrogo.

—Se llama Juan.

## Damas aristocráticas



### La marquesa de Bolarque

ENTRE las jóvenes recién casadas que brillan por su bondad y su belleza en la sociedad aristocrática de la corte, ocupa sin duda puesto preferente la marquesa de Bolarque, con cuyo retrato, reproducción de uno de los más bellos salidos del pincel del insigne artista Benedito, inauguramos esta galería de Los LUNES.

Nacida de una ilustre familia de Logroño, enlazada por vínculos de parentesco a otras no menos nobles del antiguo Señorío de Vizcaya, es doña Asunción de Eulate una de las bellezas que más alta ponen la fama de esa región de España en que dijérase que todas las mujeres son buenas y hermosas.

Reciente está en la memoria de todos cuantos se honran con la amistad de los marqueses de Urquijo el recuerdo de las

fastuosas fiestas con que se celebró, apenas hace un año, el matrimonio de su hijo D. Luis de Urquijo y Landecho, marqués de Bolarque, con la señorita de Eulate. El palacio de Llodio, cual en otros tiempos la imperial Toledo, ardió en magníficas fiestas durante varios días, y el arte, que con esplendidez de Mecenas protege el opulento marqués de Urquijo, rindió a la hermosura pleitesía en ese admirable trabajo que por sí sólo bastaría para acreditar la fama del retratista de las elegancias de la corte de Alfonso XIII.

Muy joven aun, la marquesa de Bolarque ha venido a Madrid, desde la opulenta villa de Bilbao, a embellecer un hogar que es modelo de hogares castizos y cristianos.

M.-C.



Sentado en la hierba, Juanito se embadurna la nariz con el chocolate, y después de la nariz, el vestidillo. Indiferente a esta infracción del aseo, Inasia me explica, suspirando:

—Yo y Nemesis ponerle el santo del día bien queríamos...; pero poca suerte tuvimos pa el día... Aunque nació en el de Defuntos, ya pensamos haserlo; pero, pa ser el primero, Defuntucho algo triste se nos hasía...

Matilde MUÑOZ

## Así son las mujeres

### Espíritu y carácter

—Por muchas vueltas que le doy, francamente, no hallo gran diferencia entre el espíritu del hombre y el de la mujer. Para un Abel hay siempre una Ifigenia; para un Caín, una lady Macbeth.

—La Humanidad, espiritualmente, siempre es la misma. Todos los hombres, como todas las mujeres, son capaces de todos los vicios y de todas las virtudes. No hay sol sin máculas, ni noche sin algún puntito de luz. Ya ve usted: con motivo del centenario de Dante, un erudito a lo Topsisius acaba de averiguar que Beatriz tenía un carácter imposible. ¡Beatriz, la vestida de humildad!

—¡Beatriz! Pero, señor..., ¿recuerda usted cómo aparece en el incomparable soneto?

Tanto gentile e tanto onesta pare la Donna mia, quand'ella altrui saluta, ch'ogni lingua divien tremando muta e gli occhi non ardiscon di guardare...

—Bueno, y lo que sigue, que es mejor; que es quizá lo más grande que se ha dicho en loanza de una mujer:

Ella sen va, sentendose laudare, benignamente d'umiltà vestuta, e par che sia una cosa venuta di cielo in terra a miracol mostrare...

—No; pues yo que empecé el soneto he de acabarlo. Lo supremo es este final:

Mostrasi si piacente á chi la mira, che da per gli occhi una dolcezza al core, che entender non la può chi non la prova.

E par che della sua labia si muova uno spirto soave e pien d'amore, che va dicendo all'anima: "Sospira"...

—Ahí tiene usted. ¿No buscamos diferencias entre el espíritu femenino y el masculino? Pues ya hemos encontrado una: la suavidad. He aquí una condición femenina por excelencia. He aquí, según el maestro Ovidio, «lo que no puede compararse con nada humano», la cualidad semidivina, el rasgo espiritual caracte-

rístico en la mujer. «Quoniam videbo suavitatem, Glyceriae!» ¡Oh, Glyceria! ¿Cuándo veré tu suavidad?

—Si las mujeres reparasen en estas cosas, otro gallo les cantaría. En vez de prevenir, como armas únicas invencibles, las sensuales, prevendrían las espirituales.

—Pero sin olvidar las sensuales, ¡cuidadito! No vayamos a espiritualizar demasiado. Que Venus no es ninguna tontería...

—¡Claro, hombre! Venus es inmortal y eterna, entre otras cosas, porque tiene la suavidad ingénita y unigénita de los principios. Su belleza no es arrogante, ni vistosa, sino suave, bañada de espiritualidad. Cuando los escultores hacen de ella una bacante o una cortesana, en vez de suavidad, es lascivia. «Venus va a corromperse, a salir del baño, a peinarse, a mirarse al espejo, a perder el pudor, a sembrar la fiebre entre los hombres», exclama Saint Victor, con la gravedad religiosa del salmista.

—Sí, estoy conforme en que la suavidad es una gala femenina. ¿Quién vence a Arnoldo, sino Armida? ¿Quién a Don Juan, sino Inés de Ulloa? Las cumbres femeninas son, en todos los órdenes, suavidad. Suavidad lírica en Ifigenia. Suavidad plástica en las Madonas y en las

Venus. Suavidad religiosa en María de Nazareth. Salomón, tras los suntuosos esplendores de Belkis, escribe esa Pragmática del Desencanto que se llama el *Eclesiastès*. En cambio, por la Sulamita compone ese Evangelio de Suavidad que es *El Cantar de los Cantares*.

Me parece que el símbolo está claro. Belkis es reina, suntuosa y arrogante. La Sulamita es aldeana, ingenua, sencilla. Belkis es la dominadora humillada. La Sulamita, la sumisa dominadora.

—Conformes. Pero... con su *pero*. Para distinguir todo eso hace falta ser Salomón.

—¡Hombre, yo creo que en cuestión de mujeres puede ser Salomón hasta Bertoldo! Porque el toque no está en la sabiduría, sino en la sensibilidad.

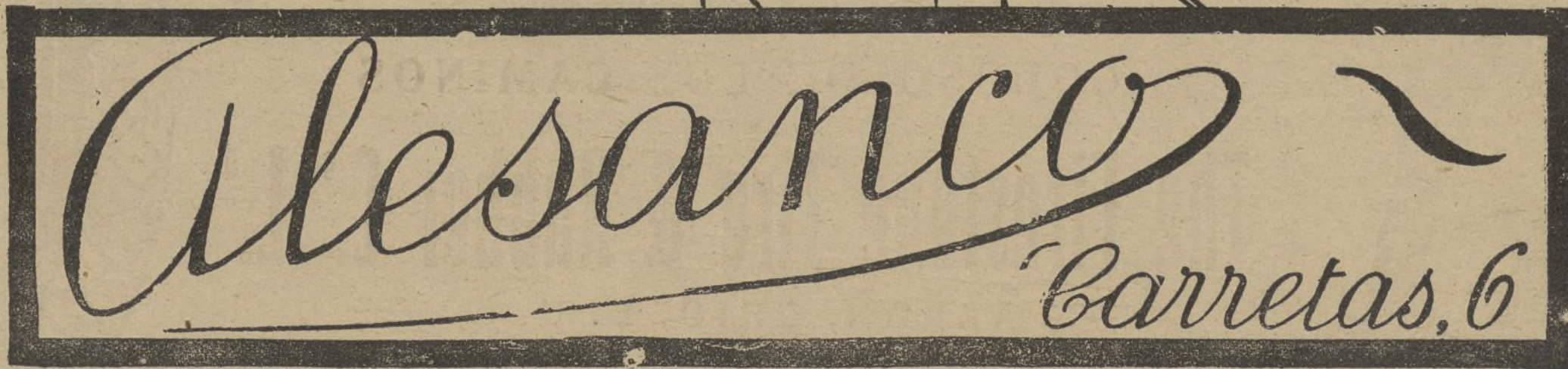
—Bien. Pero las mujeres no se prestan tan fácilmente a la suavidad. La que más, como la que menos, tiene su alma en su almario. Y sabe, como Sancho, lo de «Haceos de miel, y pararos han las moscas». Confesemos que muchos hombres confunden suavidad con sumisión.

—Entendido. Pero también hay otros que no confunden cosas tan diferentes. Y no deben pagar justos por pecadores. ¡Digo yo!...

Cristóbal DE CASTRO

# AGUAS DE INCIO

**CURAN la anemia, intermitentes prolongadas, histerismo, trastornos femeninos y escrofulosis.**  
**♦♦ De éxito probado en la DIABETES ♦♦**







Reconstituyente a base de vegetales

= Comprimidos azucarados =

Cura Anemia, Clorosis, ▽

▽ Debilidad etc ▽

▽ De venta en Farmacias

FOLIOSAN

MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

Gran diploma y medalla de oro en la Exposición de Industrias de Madrid

Comedores, despachos, recibimientos, dormitorios, sillerías, salones, tocadores, escritorios de señora, bureaux americanos, clasificadores :: :: ::

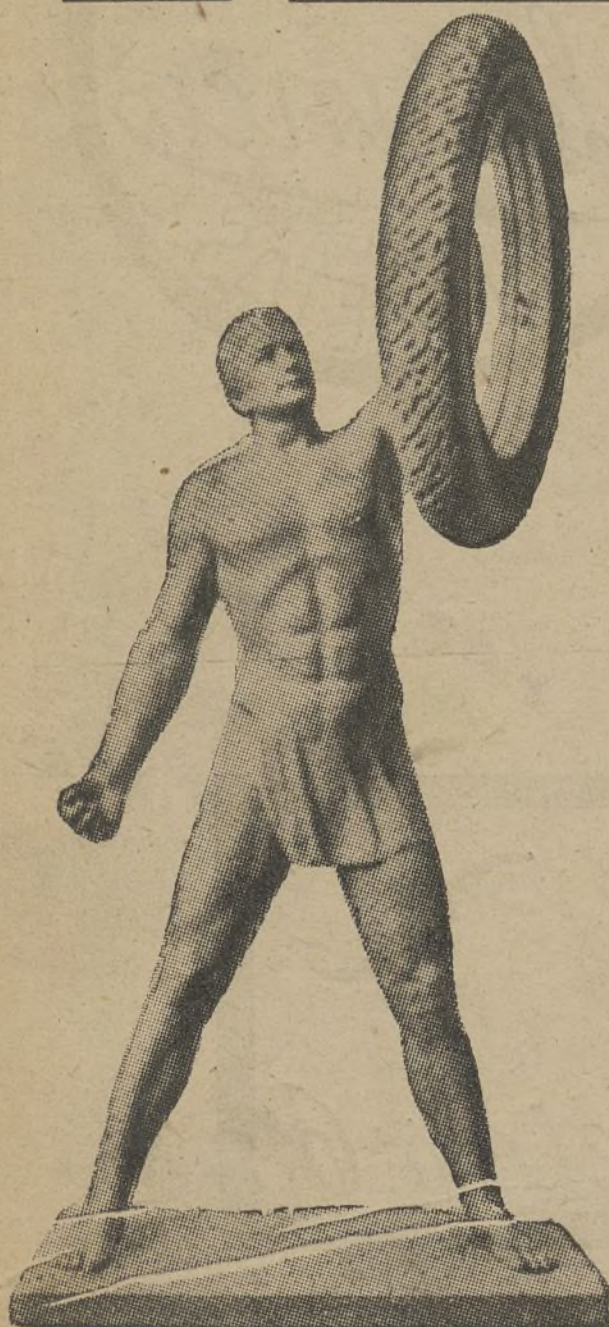
Casa especial para novios

EXPORTACION A PROVINCIAS

DESPACHO: SERRANO, 17 TALLERES: AYALA, 60

Los neumáticos

Firestone



EL COLOSO DE RODAS

LA FAMA universal del NEUMÁTICO FIRESTONE aumenta de día en día, siendo muy numerosos los contratos firmados con las más importantes casas de automóviles de los Estados Unidos, que usan NEUMÁTICOS FIRESTONE por considerarlos de fabricación inmejorable.

Los NEUMÁTICOS FIRESTONE se venden en todo el mundo más que cualquiera otra marca. Sólo en los Estados Unidos, MÁS DE LA MITAD de los vehículos existentes llevan neumáticos o bandajes macizos FIRESTONE. Por eso han conquistado el renombre del

COLOSO DE LOS CAMINOS

The Firestone Tire & Rubber C. L.

AKRON, OHIO, E. U. A.

Agencia exclusiva para España y posesiones españolas de Marruecos:  
Alcalá, 60.-MADRID - Teléfono M-4.184

